

Laberintos.  
Tunja  
Camilo Andrés Ruiz

Natalia Silva Prada ■

Historiadora bairguessa, egresada de la Universidad del Valle,  
investigadora y docente en Historia Colonial. Profesora titular de  
la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, D.F.  
Doctora en Historia por el Colegio de México.  
E-mail: camilaf2000@yahoo.com.mx

# Por una historia cultural de la política en el periodo colonial neogranadino

47

*Cerafia*



Natalia Silva Prada

## Por una historia cultural de la política en el periodo colonial neogranadino

### Resumen

*A partir de la definición del concepto de cultura política y desde la perspectiva de la historia sociocultural, se presenta la historia de la cultura política 'antigua' como una variante posible, señalándose la urgente necesidad de abordar investigaciones de historia colonial que conduzcan a la ampliación del horizonte historiográfico. En el artículo se hace un balance de la situación de los estudios sobre el territorio neogranadino y se proponen una serie de temas que permitirían clarificar el significado de la política premoderna.*



La nueva historia cultural o sociocultural representa actualmente una renovada perspectiva de interpretación histórica a la que todavía recurren poco los estudiosos del periodo colonial latinoamericano. A pesar de que su uso cada día se vuelve más frecuente en otros ámbitos académico-geográficos, en nuestro medio todavía no son numéricamente representativos los historiadores comprometidos con esta nueva perspectiva. Las razones pueden deberse a que aunque esta constituya una sugestiva forma de aproximación histórica, se encuentra todavía en proceso de definición y abocada a una múltiple fragmentación tanto metodológica como temática.

Las reflexiones teóricas de la primera parte de este texto aparecen también en la introducción de Natalia Silva Prada, *Estrategias culturales en el tumulto de 1692 en la ciudad de México: aperturas para la reconstrucción de la historia de la cultura política antigua en Historia Mexicana*, México, D.F., n.205, (jul-sep.2003), pp.5-63.

Los practicantes de la historia cultural prefieren denominarla 'nueva historia sociocultural' para diferenciarla de la vieja 'historia de la cultura'. Niklas Luhmann observaba, acertadamente por lo menos en cuanto a la forma, que "la inflación de los prefijos como *post* o *neo* son una muestra de que hemos llegado a un límite, que sólo sirve, -y esto sería discutible- para que el negocio de los intelectuales tome como tarea el convencer que lo nuevo es mejor que lo anterior"<sup>2</sup>.

La vaguedad en la que nos hace caer la constante reiteración de los términos, es la que a su vez permite el rápido abandono del proceso de reflexión histórica.

La historia cultural no es un compartimento estanco único ni es la mutación nominal de la historia de las mentalidades (como lo sugiriera en su escrito de 1996 para el ACHSC, Ronaldo Vainfas)<sup>3</sup> para distraer los problemas fundamentales de método que hace ya tiempo se le imputaron a esta subdisciplina. Tampoco es una parte de la que se llamó nueva historia social.

Existen pocas definiciones programáticas y operativas del concepto de historia cultural. Desde nuestro punto de vista, entre ellas, destacan especialmente la de Jean-Pierre Rioux:

"La historia cultural es la [disciplina] que se asigna el estudio de las 'formas de representación del mundo' dentro

de un grupo humano cuya naturaleza puede variar -nacional o regional, social o política- y que analiza la gestación, la expresión y la transmisión" [de esas formas de representación del mundo]<sup>4</sup>.

y la de Antoine Prost, en la que ya se nota una mayor consistencia en la definición del concepto y una reafirmación de esta subdisciplina de la historia, no tanto como una "verdadera novedad" como cuanto "un redescubrimiento", la "más adecuada a un tiempo más desencantado y más narcisista": la historia cultural pretende convertirse en una "historia de las representaciones colectivas"<sup>5</sup>.

Al hacer referencia a las peculiaridades de la historia cultural, Antoine Prost sintetiza de modo acertado la función de la historia cultural: "lo que cambia al privilegiar ciertos objetos de estudio [...] es menos el objeto de estudio que el ángulo bajo el cual se le considera" en el intento de reconstruir las "representaciones constitutivas de un grupo social". Al definir ese ángulo diferente, el historiador Prost expone el método más recurrido de la historia cultural: la separación de la 'función referencial' (definición de los lingüistas) del texto mediante un acercamiento nuevo a los textos, que se "interesará menos en lo que dicen, que en la 'manera' en que lo dicen, en los términos que utilizan, en los campos semánticos que dibujan. Las formas de hablar no son inocentes y la lengua que se habla estructura las representaciones del grupo al que pertenecemos al mismo tiempo que, por un proceso circular, ella misma proviene de ahí"<sup>6</sup>. En estas condiciones metodológicas, el historiador de la cultura no puede aceptar las reconstrucciones de la historia habitual que asume a la historia como producto de lo que 'dice' el texto-documento como "huella de algo que pasó". Pero no se trata de hacer sólo una historia de las palabras o de los textos, sino una historia de los conflictos que ellas revelan y de las significaciones que los actores le dan en un momento histórico determinado. Como dice Prost, hay muchas otras producciones simbólicas donde

<sup>2</sup> Niklas Luhmann, *La cultura como un concepto histórico en Historia y Geografía*, México, D.F., n.º 8, 1997, pp. 11-33. [trad. de *Geschichtstheorie und Semantik*, t.4, Frankfurt, Suhrkamp, 1995, pp.31-54].

<sup>3</sup> Ronaldo Vainfas, *De la historia de las mentalidades a la historia cultural en Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, Bogotá, n.º 23, 1996, p.223. Esta idea también está presente, aunque matizada, en una obra reciente del historiador Boris Berezon, cuando comenta que Robert Darnton bautizó como *cultural history* a una forma de pensar la historia alternativa y distinta a lo que en Francia se llamó historia de las mentalidades. Ver Boris Berezon, *Historia es incógnita: la historia cultural*, Peter Goy y Albert Dantag, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 1999, p.87.

<sup>4</sup> Jean-Pierre Rioux, *Introducción. Un terreno y una mirada* en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Stieglitz, *Para una historia cultural*, Madrid, Taurus, 1999, p.21.

<sup>5</sup> Antoine Prost, *Social y cultural, introducción* en *ibid.*, Op. Cit., pp. 139 y 142.

<sup>6</sup> *ibid.*, Op. Cit., pp. 146-147.

el historiador puede leer 'sistemas de representaciones' de grupos sociales determinados: imágenes, insignias, emblemas, banderas, fotografías de aficionados, tarjetas postales.

Una buena síntesis dada por el mismo Prost, "la historia cultural es el encumbramiento de la investigación. Viene después de los otros porque es imposible comprender una representación sin saber de qué es representación, bajo pena de naufragar en el nominalismo"<sup>7</sup>. Hace una advertencia muy importante que merece no ser olvidada: "la historia cultural debe obligarse a rebasar el



estado de la constatación de las diferencias [culturales], para explicar las evoluciones. Debe ser historia y no solamente antropología retrospectiva. "En esto radica toda la dificultad"<sup>8</sup>.

Tanto la definición de la historia cultural como sus temáticas, nos abocan a un gran tema fundamental: el concepto mismo de 'cultura', histórico y por tanto cambiante, y a la forma en la que se ha empezado a estudiar históricamente.

Los estudios contemporáneos aunque han privilegiado el concepto antropológico de cultura vinculado a la forma que tienen los seres humanos de representar el mundo que los rodea (costumbres y creencias; leyes y técnicas; artes y lenguajes; pensamientos y meditaciones), también han intentado fundir en dicho concepto el enfoque ontológico de la cultura, el de la forma de representarse a sí mismos que tienen los grupos humanos (signos distintivos y marcas simbólicas; sistemas de funciones y prácticas; apropiación colectiva y estados de civilización).

Simultáneamente, se han ido alejando del concepto clásico de la cultura en la que se concebía a la cultura como el conjunto de representaciones del espíritu humano y el proceso por medio del cual tenía lugar (experiencia adquirida, definición elitista de la cultura).

Una de las definiciones más claras de la cultura desde una perspectiva histórica es la proporcionada por Saurabh Dube, perteneciente a la escuela inglesa *Subaltern Studies*. Retomando a Clifford Geertz y a Gerald Sider dice:

"La cultura necesita entenderse como un elemento esencial en la producción y reproducción cotidiana de la vida social: aquellas actitudes, normas y prácticas, simbólicas y estructuradas, mediante las cuales las relaciones sociales -dentro de un grupo o clase social en particular y con otros grupos o clases sociales- se perciben, experimentan y articulan [...] este complejo proceso se caracteriza por la existencia de una dominación hegemónica sobre los

grupos subordinados y la existencia ...

<sup>7</sup> *Ibid.*, Op. Cit., p. 154.

<sup>8</sup> *Ibid.*, Op. Cit., p. 154.

grupos subordinados y la existencia entre estos grupos de una obstinada autonomía cultural [...] Debe quedar claro que la cultura no es un inventario estático de costumbres particulares o modos de comportamiento y pensamiento; más bien, la cultura tiene que ver con cómo prácticas específicas y sistemas de creencias se ponen en juego y se viven dentro de relaciones sociales reales [cambiantes] [...] [esta concepción de la cultura es parte integrante del mismo proceso histórico]<sup>9</sup>.

A esto, Dube añade una importante observación que puede ayudar a aliviar las tensiones disciplinarias: los acercamientos de la antropología y la historia han hecho que entre antropología histórica e historia etnográfica no existan grandes diferencias en el orden analítico<sup>10</sup>.

### La historia de la cultura política

La historia de la cultura política, es una de las cuatro vertientes básicas de la nueva historia cultural (historia de la cultura popular; historia de la cultura material; historia de las mentalidades y del imaginario) y una de las más complicadas tanto en su comprensión como en su reconstrucción. Además de apelar al concepto de cultura, se expone a asumir una problemática más: la del concepto de 'política' en su dimensión histórica. Como dice Serge

Berstein, "hablar de cultura política es, desde muchos puntos de vista situarse en un terreno de componentes antagonistas"<sup>11</sup>.

En las décadas que nos precedieron, o mejor, antes de los años 70 y sobre todo en Latinoamérica, resultaba impensable la idea de una historia de la cultura política previa al surgimiento histórico del individuo como actor sociopolítico o al proceso de democratización del pensamiento y de las prácticas políticas.

¿Es novedoso este tipo de historia? ¿Cómo puede construirse? ¿Sobre que bases teóricas se apoya?

Tantas variantes existen a la forma de aproximarse a la historia cultural como de aproximarse a la historia de la cultura política.

Quando el pensamiento político empezó a pensar en la sociedad como un elemento operativo de la política (tiene su precursor en Locke -s.XVII- y en el constitucionalismo liberal<sup>12</sup>) abrió de paso un camino a la posibilidad de estudiar estos fenómenos en el pasado. Pero se necesitó recorrer un larguísimo camino histórico.



<sup>9</sup> Sarahalí Dube, *Sujetos subalternos*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 68 y 69.

<sup>10</sup> *Ibid.*, Op.Cit., p. 140.

<sup>11</sup> Serge Berstein, *La cultura política en Para una historia cultural*, p.389.

<sup>12</sup> Giovanni Sartori, *La política: Lógica y método en las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp.211-215.

La ciencia política y en especial una corriente denominada *behaviouralism* planteó entre los años 50 y 60 del siglo XX la noción de cultura política partiendo de una perspectiva sociopsicológica.<sup>13</sup> Esta tradición de estudio de la cultura política ha sido de las más difundidas y es mejor conocida como *civic culture*. Gabriel Almond, G.B. Powell, Sidney Verba y Lucien Pye definieron a la cultura política como el patrón de actitudes individuales y de orientación (cognitivas, afectivas, evaluativas) con respecto a la política para los miembros de un sistema político. A la acción política subyace un aspecto subjetivo que es el que le otorga significados. Las orientaciones cognitivas se relacionan con los conocimientos y las creencias, las afectivas con los compromisos, sentimientos de apego y rechazo respecto a los objetos políticos y las evaluativas a los juicios y opiniones sobre los aspectos políticos.

Su preocupación era analizar los patrones dominantes de creencias y valores adquiridos y la forma en que se modificaban y cambiaban como resultado de complejos procesos de socialización desde el sistema político. Era necesario entender, cómo ocurrían los procesos de socialización en sistemas políticos diferentes. Esta corriente sería duramente criticada en la medida en que sus parámetros de socialización dependían estrechamente del desarrollo del sistema político democrático occidental y ocultaban

las posibilidades de la existencia de una cultura política en otros sistemas.

Fabio López de la Roche concluye de forma acertada que esta vertiente de aproximación teórica y politológica presenta méritos importantes en cuanto al reconocimiento de las pautas culturales como realidades sociales autónomas y no como un simple epifenómeno de la economía o de la política. También mostró un avance importante en el intento de construir una definición operativa capaz de ser sustentada en datos empíricos extraídos de las realidades culturales estudiadas, destacando aspectos importantes del cambio cultural y político en los procesos de transición de las sociedades tradicionales a las modernas. No obstante, la *civic culture* descuidó aspectos histórico-culturales fundamentales en el análisis político-cultural y desde el punto de vista metodológico redujo la posibilidad de otras facetas del fenómeno.<sup>14</sup>

Los errores del 'behaviorismo' en la ciencia política llevaron a otorgar un lugar importante a la disciplina histórica en el papel que podía jugar a la hora de estudiar los comportamientos políticos en sociedades contemporáneas. Pero también llamó la atención sobre la necesidad de estudiar la historia política y la cultura política en perspectiva histórica, incorporando nuevas herramientas que le podían proporcionar tanto la ciencia política misma como la antropología y la sociología. Es así como se incorporó al análisis histórico la perspectiva del *interpretativism* o interpretativismo, la cual identifica a la cultura política con el significado que la sociedad puede darle a la vida política en un momento y lugar determinado<sup>15</sup>. Los principios metodológicos en los que se apoyó el interpretativismo fueron los de la sociología weberiana y los de la perspectiva culturalista del antropólogo Clifford Geertz, de acuerdo con la cual no basta con conocer o con saber cuáles son los comportamientos respecto a la política sino que estos deben ser descritos (*thick description*)<sup>16</sup>. Para historiadores como Roger Chartier la construcción del sentido automático que propusieron las corrientes interpretativistas, entre ellas ...

<sup>13</sup> Definición subjetiva y psicológica de la cultura política que popularizaron en los años 50 y 60 del siglo XX los trabajos de Gabriel Almond, Lucien Pye, Sidney Verba y G.B. Powell. Se preocuparon por el estudio de los sistemas políticos que parecían promotores o retardatarios del desarrollo del sistema político democrático occidental. Ver discusión en Keith Baker, *Inventing the French Revolution: Essays on French Political Culture*, Cambridge, Cambridge University, 1990.

<sup>14</sup> Fabio López de la Roche, *Aproximaciones al concepto de cultura política en VII Congreso de Antropología en Colombia, 1997* <versión internet>.

<sup>15</sup> Stephen Welch, *The Concept of Political Culture*, London, The MacMillan, 1993.

<sup>16</sup> Descripción densa, propuesta por el antropólogo Clifford Geertz. Las reglas de toda comunidad o cultura son autoexplicativas, concierne al historiador solamente descubrirlas y describirlas. R. Vainas, *Op.Cit.*, p.220.

<sup>17</sup> El giro lingüístico, postura semiológica, que "considera el lenguaje como un sistema cerrado de signos cuyas relaciones producen significación por sí mismas. La construcción del sentido queda así desvinculada de cualquier intención o de cualquier control subjetivo, ya que se atribuye a un funcionamiento lingüístico automático e impersonal. La realidad ya no es pensable como una referencia objetiva, exterior al discurso, puesto que está constituida por y en el lenguaje". Roger Chartier en *Historia, lenguaje y percepción en Historia Social*, Valencia, n.17, otoño 1993, p. 97.

<sup>18</sup> S.Welch, Op.Cit.

<sup>19</sup> S.Welch, Op.Cit.

<sup>20</sup> Roger Chartier, *A New Political Culture in The Cultural Origins of the French Revolution*, Durham, Duke University, 1992.

<sup>21</sup> Sobre la gente que se creía sin historia han sido realizados sobre todo en los últimos treinta años, múltiples estudios con satisfactorios resultados. Para una reflexión sobre las posibilidades de hacer historia de los grupos no privilegiados, de la gente común o de los marginales de diversas sociedades ver Jim Sharpe, *La historia desde abajo* en Peter Burke et al., *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993, pp.55-56; Jean Claude Schmitt, *La historia de los marginados* en Jacques Le Goff et al., *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, s.f., pp.400-426.

interpretativistas, entre ellas el *linguistic turn*<sup>17</sup>, son inaceptables porque el sentido debe construirse no exclusivamente a partir de los discursos o de la observación de los acontecimientos y grupos humanos sino a partir de la libertad del sujeto, de la parte reflexiva de la acción y de las construcciones conceptuales. El significado de la cultura política dado por el interpretativismo y pese a la renovación que constituyó frente al behavioralismo, cubre un rango amplio e impreciso que va desde la descripción y resumen de la historia de una nación hasta el análisis de la cultura popular<sup>18</sup>.

Stephen Welch decía que aunque de manera abstracta resultara fácil distinguir entre el comportamiento y la interpretación de ese comportamiento, en la práctica las investigaciones llevaron a estudios híbridos en donde se han venido utilizando elementos provenientes de las dos perspectivas<sup>19</sup>. A este problema se ha sumado, el de la

escasa unanimidad que puede existir en la definición de la 'política' en el Antiguo Régimen<sup>20</sup>.

La búsqueda de definición y precisión de la existencia de una (s) cultura (s) política (s) en el Antiguo Régimen y en especial en las sociedades coloniales y entre la que antes de la emergencia de las diversas formas de historia cultural se había creído, "gente sin historia"<sup>21</sup>, resulta un problema de difícil resolución. En primera instancia, porque "es absurdo postular una definición universal de lo político" y en segunda medida porque tratar de "avaluar una definición *a priori* de lo político"<sup>22</sup> puede ser un error. De igual manera, se ha señalado que el concepto de 'cultura política' constituye una herramienta analítica de uso complicado en tanto "abarca todos los elementos del proceso político en todos los niveles de la sociedad política"<sup>23</sup>.

El estudio de la cultura política ha permitido salvar la disociación de las esferas política y social<sup>24</sup> y su asunción en el terreno histórico también puede ayudar a encontrar los "diferentes modos de construir lo que se puede concebir como político"<sup>25</sup>.

Con relación al origen concreto de esta faceta particular de la historia, muchos historiadores han reconocido en François Furet y su obra *Pensar la revolución francesa* (1978) la paternidad de la historia de la cultura política, o por lo menos, sugieren que esta obra fue fundamental en el despertar de la conciencia sobre la necesidad de pensar la historia de la cultura política<sup>26</sup>.

En nuestra investigación particular<sup>27</sup> hemos tratado de abordar los diferentes aspectos que configuran la cultura política a partir de la idea más general que nos lleva a su definición, la de la explicación de los "comportamientos políticos durante la historia"<sup>28</sup>.

En el marco de la investigación histórica, la preocupación por la cultura política habría surgido entre los investigadores de la historia política preocupados por la "explicación de los comportamientos políticos durante la historia" (aquí tenemos una primera y general definición



del término)<sup>29</sup>. La cultura política estudiada en perspectiva histórica no puede seguir los patrones impuestos por la sociología del comportamiento o por la politología contemporánea y ni siquiera por la antropología histórica. El historiador de la cultura política no tiene ante sus ojos una "llave maestra", sino un "fenómeno de múltiples parámetros que no conduce a una explicación unívoca, sino que permite adaptarse a lo complejo de los comportamientos humanos"<sup>30</sup>. Según la constatación de la complejidad del estudio histórico de la cultura política, es válido evidenciar las diversas aristas desde las cuales podemos penetrar en la comprensión de la cultura política como fenómeno histórico. Si a grandes rasgos puede definirse como "la explicación de los comportamientos políticos durante la historia"<sup>31</sup>, de forma particular; la historia de la cultura política, "revela uno de los mayores intereses de la historia cultural, el de comprender las motivaciones de los actos de los hombres en un momento de su historia por referencia al sistema de valores, de normas, de creencias que comparten, en función de su lectura del pasado, de sus aspiraciones para el futuro, de sus representaciones de la sociedad, del lugar que ocupan y de la imagen que tienen de la felicidad"<sup>32</sup>. Todos estos elementos como lo recuerda Bernstein, dependen del ser profundo, varían en función de la sociedad en la cual están elaborados y "permiten comprender mejor las razones de actos políticos

que aparecen de maneras distintas y no sólo como epifenómenos"<sup>33</sup>.

La explicación de esos comportamientos políticos es muy compleja y variable de acuerdo a las diferentes sociedades y a los grupos dentro de ellas.

En consonancia con la escuela interpretativista de la cultura política podemos asumir que esta trata de estudiar y entender un "discurso codificado en el cual el vocabulario empleado, las palabras clave, las fórmulas repetitivas contienen significado, mientras que ritos y símbolos desempeñan en el nivel del gesto y de la representación visual el mismo papel significante"<sup>34</sup>. Para que la aproximación metodológica que permite la aprehensión de la cultura política en un grupo

determinado cobre más sentido ...



Carlo Ginsburg, *El queso y los gusanos; el cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona, Muchnik-Azajos, 1996; Peter Burke, *Historia de la cultura popular en la Europa moderna*. Madrid, Alianza editorial, 1991; el número 10 de la revista *Historia Social* de 1991 entre los que se encuentran valiosos artículos como los de E.J. Hobsbawm, *De la historia social a la historia de la sociedad*, pp.5-25; Carlo Ginsburg y Carlo Pont, *El nombre y el clima: intercambio desigual y mercado historiográfico*, pp.63-70; Natalie Zemon Davis, *Las formas de la historia social*, pp.177-187; Alf Lüdtke, *Sobre los conceptos de vida cotidiana, articulación de las necesidades y conciencia proletaria*, pp.41-61; Marcos, *¿Qué es la historia de la cultura popular?*, pp.151-162.

<sup>22</sup> Bertrand Badie y Guy Hermet, *Política comparada*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p.30.

<sup>23</sup> O'Ransum, (ed.), *National Consciousness, History and Political Culture in Early-Modern Europe*. Baltimore & London, 1975, p.18. Citado por Margarita Garrido en *Reclamos y representaciones: Variaciones sobre lo público en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815*. Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1993, p.13.

determinado cobre más sentido, puede añadirse en términos menos complejos que la cultura política tiene que ver con la "relación entre lo concierne a la vida cotidiana y los reclamos [hechos] al poder estatal"<sup>24</sup>, así como con el "significado de los términos con los cuales los reclamos son estructurados, la naturaleza de los contextos a los cuales los reclamos pertenecen y la autoridad de los principios a los cuales ellos están articulados"<sup>25</sup>.

En términos más intelectualizados, la "invención de lo político" remite a un análisis macro como micro sociológico, implica tanto al individuo sin mayor preparación política -cuyo proceso de invención se efectúa en el nivel de las interacciones sociales más elementales- como al actor político especializado, dotado de un recurso de poder y cuyo acto inventivo se efectúa en el seno de los circuitos institucionalizados<sup>26</sup>.

La historia de la cultura política colonial en América Latina (el caso colombiano)

A principios de la década de los 90 parecía que eran las orientaciones de la sociología las que habían empujado la reflexión sobre la importancia del estudio de la cultura política. En el libro coordinado por Hugo Zemelman se decía que los ensayos incluidos en la obra *Cultura y política en América Latina* (1990) estaban

orientados "'incluso' dentro de un marco histórico", resaltando la excepcionalidad del enfoque y añadiendo además, que "sólo para ubicar esos grandes problemas que siempre quedan en primer plano" -en el caso de Colombia tratado por Margarita Garrido y Jesús Martín Barbero, se refería a los discursos del poder<sup>28</sup>.

¿Pero cuándo los historiadores latinoamericanos y específicamente, colombianos y colombianistas empezaron a pensar y a hacer historia de la cultura política y de qué manera?

24 Comentarios de Keith Baker (1978) a las anotaciones historiográficas de François Furet en su libro, *Penser la Révolution française*, Keith Baker, Op.Cit.

25 R.Charteris, Op.Cit.

26 Entre quienes afirman esto se encuentra Georges Lomné. Ver Georges Lomné, *Le laboratoire français d'historiographie colombienne (1972-1993)* en <http://www.sfu7.usiueu.fr/hsol/hsol/L...> Equipe Histoire et Société de l'Université latine/Alaph. Según Bernstein, la evocación de la cultura política se inserta en la renovación de la historia política llevada a cabo bajo la inspiración de René Rapon de la Universidad de Paris X. Nantierra y el Instituto de Estudios Políticos de París antes de 1988. S.Bernstein, Op.Cit., p.389. Antoine de Baeque reconociendo el gran aporte de Furet, opina que sin duda ha sido Mona Ozouf quien ha orientado más profundamente esta historia política hacia "fuentes y objetos culturales" desde su libro *La Fête révolutionnaire*. Antoine Baeque, *La révolution française, ¿Reinventar la cultura?* en Madrid, Taurus, 1999, p.209.

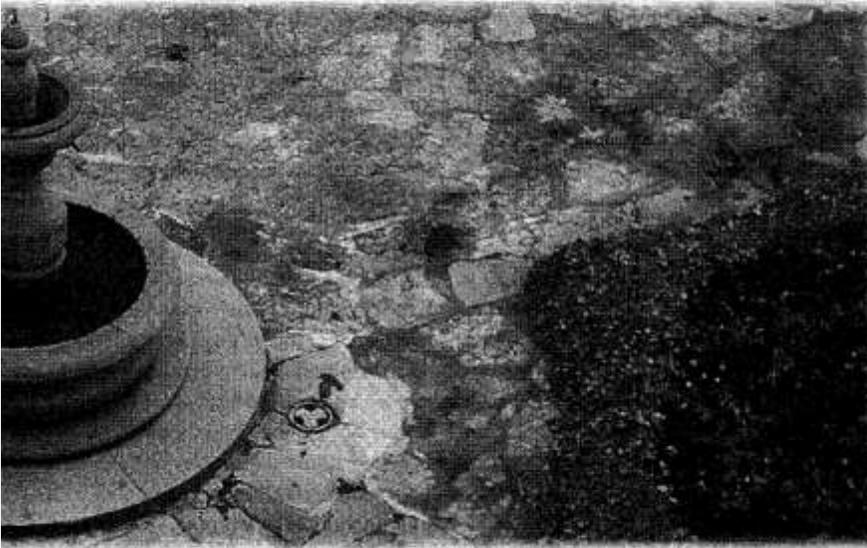
27 Natalia Silva Prado, *La política de una rebelión: los indígenas frente al tumulto de 1692 en la ciudad de México*. México, El Colegio de México, 2000, tesis Ph.D., 529 p.



Un balance historiográfico realizado desde la cuna y Meca de la historiografía cultural por uno de sus representantes colombianistas más reconocidos, Georges Lomné, nos puede ayudar a esbozar una respuesta a la pregunta sobre la historia política cultural planteada. Del conjunto de las tesis de historia sostenidas entre 1970 y 1994 (6491), solamente 11 se refieren a Colombia pero esta situación aumentó pues sólo en 1993 había 12 tesis en curso, una cifra superior a sus vecinos territoriales: 6 sobre Venezuela, 3 sobre Ecuador,

1 sobre Venezuela y Colombia y otras 3 sobre los 3 países. En un lapso similar, entre 1972 y 1992, la periodización de estas tesis muestra que la historia colonial fue destronada al principio de los años 80. La historia colonial parece la menos seductora, relegada a un 5% de las tesis en curso. Sin embargo, esta situación no ha incidido sobre los trabajos publicados, donde a este período corresponden el 43% del conjunto de publicaciones. Lomné piensa que esto es un efecto generacional donde las publicaciones proceden todavía de los maestros que abrieron caminos de investigación hace 20 años y no de sus doctorantes.

Este panorama nos permite suponer de antemano que el lugar dedicado a la historia cultural política del periodo colonial es realmente pobre por no pensar que prácticamente ignoto. Las temáticas ...



<sup>28</sup> S.Berstein, *Op.Cit.* p.389.

<sup>29</sup> *Ibid.* *Op.Cit.* p.389.

<sup>30</sup> *Ibid.* *Op.Cit.* p.389.

<sup>31</sup> *Ibid.* *Op.Cit.* p.389.

<sup>32</sup> *Ibid.* *Op.Cit.* p.405.

<sup>33</sup> *Ibid.* *Op.Cit.* p.405.

<sup>34</sup> *Ibid.* *Op.Cit.* p.391.

<sup>35</sup> K.Baker, *Op.Cit.* p.167.

<sup>36</sup> *Ibid.* *Op.Cit.* p.4.

<sup>37</sup> Ver síntesis propuesta por B.Bledie y G.Hermet, *Op.Cit.* p.49.

<sup>38</sup> Hugo Zemelman(coord.), *Cultura y política en América Latina*, México, Siglo XXI editores-Universidad de las Naciones Unidas, 1990, p.13.

39. Véase referencias en especial a su libro más reciente, Ceballos Gómez, Diana Luz, "Quejen tal hace que tal pague". *Sociedad y prácticas mágicas en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 1999. Los aspectos políticos de su perspectiva pueden apreciarse sobre todo en el capítulo IV, *La sociedad disciplinadamente social, "qué dirán", sumos, misopedones, desvinciación*, pp.311-379.

40. Su obra reciente aborda un aspecto clave de la vida política de principios del siglo XVI, aunque no es definido así en el libro: la forma en la que se construyen históricamente los conceptos y el relato histórico e historiográfico y la utilidad que en dicho momento tuvieron en el proceso de pacificación del indígena y en su incorporación a la lógica de la sociedad conquistadora. La escritura de la historia se puede percibir en este análisis como una forma de representación de la realidad con intencionalidad política -la tarea de la justificación moral de la conquista-, la cual fue trascendental en el proceso civilizatorio impuesto desde la cultura occidental hacia los recién descubiertos "indios" de los reinos ultramarinos castellanos. Jaime Humberto Borja Gómez, *Los indios medievales de fray Pedro de Aguado: Construcción del ideario y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*, Bogotá: Caja, 2002.

prácticamente ignoto. Las temáticas que han sido exploradas en el curso de estos años remiten a análisis de historia total (al modo braudeliano -determinismo geográfico; geohistoria-, Colmenares, Monique Lepage, Thomas Gomez). Las diferencias que separan la historia económica y social de Colmenares y la historia con inflexión antropológica de Gómez marcan el pasaje hacia la historia cultural (en Francia, señala la distancia entre los trabajos de Fernand Braudel y de Nathan Wachtel).

Los años 80 fueron testigos de la producción de tesis inscritas en el ámbito sociológico pero concenientes a temas históricos. Lomné cita como ejemplos los trabajos de Daniel Pécaut, Oscar Rodríguez Salazar y Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, los últimos influidos por Alain Turraine y el mismo Daniel Pécaut.

Estos mismos años de los 80's representan la tercera generación de *Annales*. Los tropiezos de la historia de las mentalidades abrieron camino a un "nuevo saber" como fue descrito por Pierre Nora, quien fue uno de los que describió mejor las opciones contestatarias, las cuales estaban vinculadas al retorno de la historia política, de la historia de las ideas pero también, y es lo que más nos interesa destacar aquí, a una nueva

forma de historia cultural. El axioma que estaba en la base de esta renovación era, no la reevaluación del papel de las élites, sino el privilegio dado al pueblo. A esta tendencia se suma la nueva historia de las representaciones fundada sobre todo en las redes de sociabilidad y en los caminos para la formación de una "Pedagogía del ciudadano". Bajo la dirección, sobre todo de François-Xavier Guerra, se escribieron trabajos como los de Fabio Zambrano y Marcos González sobre las sociabilidades neogranadinas (ambos trabajaron sobre la primera mitad del siglo XIX). En este marco se inscriben trabajos interesantes como el de Lidia Alvarez sobre las primeras gacetas patriotas de Santafé. En los trabajos más recientes se revela el interés por la historia cultural. El trabajo que más destaca en este ámbito y relativo a los últimos años del periodo colonial, es el de Renán Silva, centrado sobre los progresos reales de una élite ilustrada en el medio urbano y las prácticas educativas ilustradas.

En todo el panorama aportado por Lomné, no emerge, sin embargo, la incursión de la historia colonial del periodo monárquico pre-borbónico en el ámbito de la reflexión de la nueva historia cultural, salvo casos excepcionales como los estudios sobre la historiografía colonial.

Curiosamente, aunque es en el ámbito cultural francés de la historiografía en el que se esperaba que surgieran más propuestas de estudio como las que reclamamos, parecen haber hecho su aparición por los espacios de difusión que influenciaron otras tradiciones historiográficas como la inglesa, la norteamericana y la alemana. Otras respuestas han empezado a emerger por el curioso cruce de lecturas e inquietudes comunes a partir de ellas, pero no por influencias directas de sus maestros. En este orden de ideas debemos destacar los esfuerzos iniciales de Margarita Garrido (en el ámbito

de Oxford, acusa la influencia de Anthony McFarlane y David Brading, pero quizás indirectamente, de la misma escuela francesa a través de Colmenares) y de historiadores que empiezan a emerger en el nuevo paisaje historiográfico con propuestas interesantes que se vienen dando, situándose en diversas esquinas para dar una mirada a los fenómenos culturales, como las de Diana Luz Ceballos (con influencias importantes de la historiografía alemana)<sup>39</sup>, Jaime Humberto Borja<sup>40</sup> y Marta Herrera Ángel<sup>41</sup>.

Los escasos trabajos existentes en América latina sobre historia cultural política hace solo unos años empezaron a ver la luz y poquísimos son los que sobre el periodo de los Austrias la han visto todavía. Los conocidos sobre el mundo colonial están recopilados en el texto de Guerra y Lempérière. Pero ninguno de ellos se remonta más allá de 1750.

Desde que Jorge Orlando Melo presentó un balance de la situación historiográfica colombiana a fines de los años 80 (1988) y sobre la década precedente, algunas cosas han cambiado, pero no tanto como uno lo esperaría ni tampoco de forma impactante.<sup>42</sup> Las quejas de Melo siguen vigentes aunque

ahora ya se vislumbran destellos de esperanza. En la época y en el ámbito de la descuidada historia de la cultura, Melo destacaba los esfuerzos colectivos para construir una historia de la educación y aunque criticaba duramente los resultados, allí salvaba las novedosas propuestas de Renán Silva, a cuyas obras califica de tener "insólitas virtudes" (virtudes que deberían ser comunes al historiador profesional) como "el cuidadoso seguimiento del documento, la capacidad de rehuir todo anacronismo, la búsqueda de todos los sentidos posibles de un texto, la habilidad para ver cosas nuevas".<sup>43</sup> Las percepciones de Melo no eran erradas, de hecho también a mi entender, son sus recientes trabajos los que más destacan en Colombia en la apertura de brechas para el conocimiento de la historia política cultural del periodo Habsburgo y Borbón.<sup>44</sup>



<sup>41</sup> Su último libro resalta la importancia del ordenamiento espacial como una necesidad para el ejercicio del control político. Marta Herrera Ángel. *Ordenar para controlar: ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en las Ándes Centrales Neogranadinas. Siglo XVII*. Bogotá: Academia colombiana de historia-ICANH-Ministerio de Cultura, 2002.

<sup>42</sup> Jorge Orlando Melo. *La literatura histórica en la última década en *Bolín Cultural y Bibliográfico**, n.15, XXXV, 1988.

<sup>43</sup> JO. Melo. *Op.Cit.*

<sup>44</sup> Sobre el primer periodo sólo conocimos un texto muy acertado y sugestivo titulado *El sermón como forma de comunicación y como estrategia de movilización en Sociedad y Economía*. Revista de la facultad de ciencias sociales y económicas de la Universidad del Valle, n.1, (sep.2001), pp.103-130. Contiene un gran trasfondo teórico y un avance sobre las propuestas de análisis de la historia cultural. Este artículo constituye una reflexión metodológica basada en un documento, pero por la perspectiva enriquecedora del autor a través de la aplicación juiciosa de sus lecturas sobre el tema, logra plantear numerosas propuestas tanto de fuerza como de método para el estudio de la política antigua, siguiendo las pautas primigenias de François-Xavier Guerra.

En una aproximación historiográfica más reciente, Jaime Jaramillo Uribe nos acerca de nuevo al "estado actual de la historia de la cultura en Colombia"<sup>45</sup>. Aunque advierte que no hará un inventario completo del estado del arte, resulta muy clarificador sobre la situación de la historiografía de la cultura política colonial. En este acercamiento, no emerge, de hecho, la política como parte integrante de la cultura y no es por ende, considerada en las aportaciones historiográficas señaladas por el autor. No aparecen citados importantes trabajos ya existentes en la fecha de la publicación, como el de Margarita Garrido pero sí una queja explícita a la notoriedad de los trabajos sobre la época colonial tendencialmente abocados al tema preferido de las mentalidades.

Otro nodo que puede ayudarnos a completar la imagen que estamos buscando configurar es la importante colección de la *Library of Congress*. De una sistemática búsqueda emergen algunos títulos muy recientes y otros de comienzos de la década de los 90. Son pocos pero al parecer bastante importantes en tanto señalan un camino que empieza a desbrozarse. Pero en cuanto al reclamo por la reconstrucción de la historia política cultural del periodo Habsburgo para el territorio de la América hispánica,

encontramos el mismo y gran vacío. Los títulos que destacan entre las más recientes publicaciones y ya no tan nuevas, relativas a la historia cultural del espacio neogranadino son, el libro ya mencionado, *Reclamos y representaciones: variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815* de Margarita Garrido y parcialmente en términos de la periodización, *Ideal democrático y revuelta popular: bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia*, de Mario Aguilera Peña<sup>46</sup>. El sugestivo libro de Margarita Garrido merece un comentario, en la medida en que cuando fue publicado constituyó una importante novedad en el género. Pese a que la investigación parte de una rica definición de la cultura política en perspectiva histórica (formas del reclamo y de dirimir conflictos, nociones de lo público, sobre la autoridad, el bien común, sobre sí mismos, los otros y su futuro, las sociabilidades, lealtades, identidades y pertenencias, usos de la ley, gestos y rituales, tipos políticos, discursos y prácticas), en la reflexión que hicimos de uno de los apartados titulado, "Representaciones de indios", pudimos comprobar que todavía hay una fuerte tendencia a la reconstrucción histórica unidireccional, al modo de la historia social de corte estructuralista. Aunque el libro comienza con importantes propósitos, en los apartados que he estudiado, sólo logra identificar los momentos del reclamo -y hasta aquí constituye un buen ejercicio- pero no les concede un significado, probablemente porque la autora no puso en práctica el método de interpretación propuesto por la historia cultural y porque este no era todavía tan claro cuando ella comenzó su investigación. De esta forma, el subcapítulo se convierte en un largo listado de pueblos indios que usaron el reclamo a través de memoriales y peticiones o de denuncias o testificaciones ante el fiscal protector de naturales de la Audiencia de Santafé.

45 Jaime Jaramillo Uribe, *La historia de la cultura en Colombia y algunos problemas teóricos de la disciplina en Historia Crítica*, n.21, (en-jun, 2001), pp.139-146.

46 Santafé de Bogotá: Instituto María Cano, 1991.



Pocos historiadores latinoamericanos o latinoamericanistas han hecho aportes tan sugestivos como olvidados. Para el caso de Nueva Granada, muchos de los temas y análisis desbrozados por John Phelan han caído en el olvido sin ser escuchados. Las trazas dejadas en su libro *El pueblo y el rey* podrían constituir uno de los puntos de enlace con las recientes propuestas historiográficas. Se recibe también con entusiasmo la reciente edición por parte de la Universidad de Antioquia, de nueve de los ensayos de Mario Góngora del Campo, maestro de tantos académicos de renombre actual y menos conocido y valorado que ellos<sup>47</sup>.

Dentro de la tradición historiográfica inaugurada por Góngora en Latinoamérica, se han insinuado buena parte de los temas políticos generales pendientes del mundo colonial, en los últimos 15 años. Tanto en sus obras particulares como en la importante compilación titulada *De los Imperios a las naciones*<sup>48</sup>, un conjunto de historiadores europeos latinoamericanistas y latinoamericanos vinculados a ellos, tales como Horst Pietschmann (*Los principios rectores de la organización estatal en las Indias*), Antonio Annino (*Soberanías en lucha*), François-Xavier Guerra (*Desintegración de la monarquía hispánica*), y José Carlos Chiaramonte (*Modificaciones del pacto imperial*) esbozan las posibilidades abiertas a esta subdisciplina histórica. Esta obra pronto tendrá una mayor circulación en su reedición española del Fondo de Cultura Económica. En esta obra general es también muy evidente, el importante peso que se le ha concedido a la transición del antiguo régimen al orden liberal y a los primeros experimentos nacionalistas.

Los temas por abordar: propuestas concretas hacia el hallazgo de la cultura política antigua.

En este apartado se hará un resumen sucinto de las temáticas que aproximarían al investigador a la comprensión de la cultura política preborbónica, o por no caer en la exageración del efecto iluminista o ilustrado, simplemente a la cultura política inscrita dentro del mundo de la política antigua. Para la concreción de las tareas que se proponen a los nuevos historiadores de la cultura nos han resultado de gran utilidad los señalamientos que en los últimos años hicieron en ensayos exploratorios François-Xavier Guerra, Annick Lempérière, Jean-Frederic Schaub, Renán Silva, George Lomné, William Taylor, Erick Van Young, entre otros, o que han emergido de mis preocupaciones particulares en la reflexión del sentido político que podía tener un acto de insubordinación a las autoridades reales y legítimas:

-Una reflexión teórica y empírica sería sobre la aplicación de los conceptos matrices de la política antigua, sobre las concepciones de estos conceptos ...

<sup>47</sup> Mario Góngora, *Historia de las ideas en América española y otros ensayos*, compilado por Oscar Julián Guerrero, Medellín, Universidad de Antioquia, 2001.

<sup>48</sup> Antonio Annino, Luis Castro, François-Xavier Guerra (coords.), *De los imperios a las naciones*, Zaragoza, Iberaja, 1994.

las concepciones de estos conceptos y sobre las prácticas alrededor de ellos: \*la justicia → pleitos y debates en la administración de justicia local;

→ la discursividad no intelectualizada en las prácticas rebeldes, en los reclamos de justicia por vías legales, en las leyes excepcionales; en el método de duplicación,

\*la autoridad, \*el poder, \*la legitimidad (que emergen en los mismos espacios);

-la trayectoria de los conceptos claves: por ej., los orígenes y las transformaciones del concepto de bien común en el ejercicio de la política a nivel institucional y de las prácticas a nivel colectivo o personal. La participación del pueblo antiguo (notables) en la definición del bien común y de la utilidad pública y las limitaciones del monarca en este proceso, en tanto que no era para la época pactista ni un vicario de Cristo ni un emperador; no disponía de los **corpora** jurídicos y no podía inventar ni el derecho civil ni la costumbre.

-la política de la Corona y las expectativas e imaginarios sobre la misma entre el conjunto letrado e iletrado de la población.

-Un renovado acercamiento a la doctrina jurídica que enmarca la acción de los letrados, a los cuerpos jurídicos y al efecto de estos en las acciones jurídicas que materialmente encontramos en los archivos, en aquellas actas en que se registra el

testimonio del acto jurídico (reales cédulas, ordenanzas, bandos, etc.);

-Una relectura histórica de la literatura política y del derecho público, como los arbitrios, los espejos de príncipe, los tratados de la razón de Estado cristiana, ej: tratados como los del jesuita español Francisco Suárez, *Tratado de las leyes y del Dios legislador* (1612) o el del jurista Juan de Solórzano y Pereira, *Política indiana* (1647).

-Estudios conjuntos del horizonte político imperial y de las prácticas políticas ajustadas a la constitución corporativa de la sociedad.

-Un redimensionamiento de la Iglesia y de la familia para efectuar una revaloración y estudio de su dimensión política, en tanto ambas instituciones formaban parte del derecho público antiguo.

-Un estudio sistemático de los elementos simbólicos que ayudaban a explicitar las creencias populares sobre la política antigua: gestos, gritos (insultos, de rebelión, de protesta, de reclamo), lemas, objetos como insignias (banderas, fuego).

-Una explicación de las estrategias comunes mediante las cuales se comunicaba una opinión, anhelo o propósito con fines políticos:

ej. → el saqueo, el robo, el amotinamiento, los insultos, las degradaciones, los rumores, los chismes.

-Las instituciones y espacios de sociabilidad (canales de aprendizaje) en donde se gestan, difunden o transmiten valores de tipo político acordes con el periodo en estudio: iglesia (sermones), teatro (comedias), espacios de relajamiento (pulquerías, chicherías, pulperías; rumores y chismes), los hitos proporcionados por la calle en el espacio urbano: las plazas, los caminos y sus cruces, los mercados, los espacios laborales.

-Una búsqueda coordinada y sistemática de los canales de aprendizaje mediante los cuales se forjaban opiniones

sobre la vida política: esto está en íntima relación con el estudio de las formas de comunicación y de difusión de las ideas: mediante sermones, catecismos, guiones teatrales, estatutos de constitución de diferentes corporaciones, cantos y coplas, versos populares, pasquines, bailes profanos y danzas sacras, etc.

-El conflicto de jurisdicciones como ejercicio de la política (F.Schaub) (en jurisdicciones territoriales problemáticas, sobre todo, cruce de repúblicas -india-española, civiles-religiosas, etc.

-Los conflictos intra e inter corporativos como ejercicio de la política: en este ámbito y sobre todo en lo relacionado con la esfera indígena existen ya importantes trabajos como el más reciente de William Taylor, *Magistrados de lo sagrado. Curas y parroquianos en el siglo XVIII novohispano* (1996), y en especial el capítulo titulado, "Oficiales, acción popular y disputas con los curas párrocos" (examina en detalle las relaciones de la política local y las luchas de poder que tuvieron lugar entre los componentes del triángulo de autoridad: párrocos, parroquianos, gobernadores de distrito). Se requeriría una ampliación y relectura de estos trabajos desde la dimensión de la cultura política. Ya existe un abundante trabajo empírico, sobre todo en las poblaciones mesoamericanas y andinas.



-Las prácticas en torno al fenómeno de la representación, en especial las elecciones en los municipios coloniales (españoles e indígenas y excepcionalmente mulatos) y en los entes corporativos (cabildos eclesiásticos, cofradías, consulados, conventos).

Lo expuesto hasta aquí constituye una parte de las posibles pautas propositivas del camino que queda por desbrozar, tejer y articular; no como un ejercicio de curiosa erudición, sino con el fin de vincularlas a las prácticas políticas que en el mundo posmonárquico tendrán continuidad y constituirán trabas frente a las problemáticas nuevas y por abordar de la política moderna. Con estos señalamientos, esperamos poder contribuir a la ampliación del horizonte de la historiografía política, entendida desde la amplia definición de la cultura, como parte constitutiva de la misma. ♣

